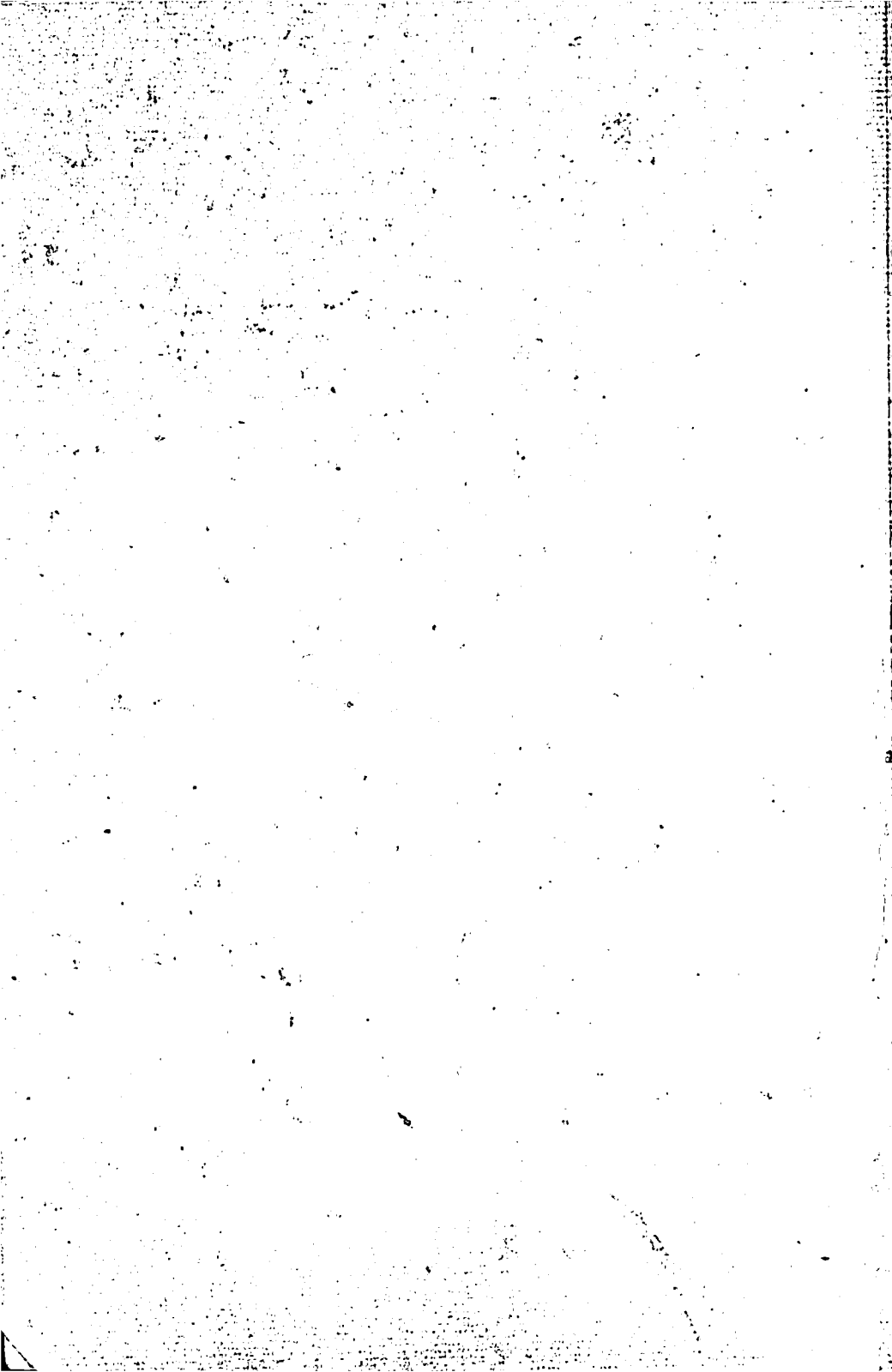


POESIA



DUERMEVELA

Jorge Ochoa



DUERMEVELA

Jorge Ochoa



Duermevela

Jorge Ochoa

Concurso del Libro Sonorense 1995

Poesía

Primera Edición 1995

© Derechos Reservados

ISBN 968-6486-29-1

Instituto Sonorense de Cultura

Ave. Obregón No. 58

Hermosillo, Sonora, México

Portada: Ivette Valenzuela y Ernesto Moncada

Ilustración: Zacarías Páez. "Una noche con los canarios rojos", 1995

*Por completa justicia y agradecimiento
a Mónica Graciela Luna Sayós*

Aprender, sobre todo, a desconfiar de la memoria. Lo que creemos recordar es por completo ajeno y diferente a lo que en verdad sucedió. Cuántos momentos de un irritante y penoso hastío nos los devuelve la memoria, años después, como episodios de una espléndida felicidad. La nostalgia es la mentira gracias a la cual nos acercamos más pronto a la muerte. Vivir sin recordar sería, tal vez, el secreto de los dioses.

La Nieve del Almirante
Alvaro Mutis

I

Porque no sabes qué ganas de abrazarte.

Porque Lucifer se vuelve un mímico con faldillas
frente a tu risa
que va más allá del grafito y de ladinos
y porque es tan lindo no saberte peregrina.

Con tu ser en mí
se me van del corazón cárceles y pergaminos,
la absurda tolerancia del poker y la burla.

Y por eso de quererte así:
imagina la caricia de un náufrago latino
que también durmió en un baúl entre títeres y maniqués
pero que ahora, con vocecita mormada,
se anda por la tierra no como un Pilatos
sino con la cosita esa de un mariachi japonés
que da porque ahora puede,
aromas de yerbabuena y cártamo
a quien por su risa, que es más que todo,
le hace ver que la poesía
le anda rondando el colmo. Y abrázame.

II

Es verdad, siempre recuerdo. Cómo no acordarme.
Empecé oscuro y solitario, entredormido casi,
a andar por el enigma absoluto de tu pelo.

Bajé,
bajé tan lento como pudieron resistirse las ganas
a la oreja donde inventé pequeñísimos laberintos y escalofríos.
Iba, es verdad, ahora recuerdo,
ganándome luz entre los pechos y el ombligo.
Cómo no acordarme.
Empecé enturbiado y loco, vivo digamos,
a andar, a andarte de ti misma con las bocas.

Bajé,
bajé y entonces era bueno,
traía pececitos en los ojos y la boca;
tú en los muslos lucías, lo juro, puntitos de algarabía y magma.

Y todo se hizo vuelo, trote,
relámpago, saliva y nombre,
corazón, lengua y nombre,
mordida, sangre y nombre,
sueño y nombre,
nombre y sueño.

III

Quiero gritar sin que lo sepas,
sin voz inmensamente vespertina,
y que ese grito
te retumbe en los ojos
y que no sepas de dónde te vino
ese quién sabe qué
que te recuerda una tarde de silencios y manos.

IV

Y sobre el pecho tuyo,
en cada beso mío
quiero dejarlo todo. Dejarte ahí
mis supinas nociones de pintura,
catedrales derrumbadas,
el paisano golpeteo de martillos,
plaquitas con historias breves
y un clavijero
con algún grabado de maquinaria agrícola.

Quiero que de nubarrones
se floreen canciones en francés y catalán
para el día en que de mí te vayas,
te lleves eso
como lo único que quise dejar en ti,
y besos mordedura y serte.

V

Desde tu silencio
que se fue tragando la mirada,
brotaba un murmullo de espumas,
el removerse de un cabello,
una falda que giraba solitaria.

En mis manos
un grito que rodaba hacia el pecho
y se perdía en la espera del beso
que nunca volvió de tus dedos,
y todo está sin ti.

VI

Bien estuviera de ti
que por ejemplo hoy me tocaras las manos
y que supieras que te quiero ver tan cerca
y fundir mi esperanza
con esa quietud del alma
por creer
que realmente no soñaba, que no pedía nada
a esta desazón de recibir
día a día las mañanas sin el arma,
porque tú no sabes, porque tú tan lejos.

VII

Deveras que sólo una parte
se me evoca a la verdad de más golpeada.
Y así de medio lado
estás aquí renunciando a esta distancia
y te hace lejos.
Pero es bueno saberlo,
que acá, cuando te falte aliento,
habrá unos ojos que se beban las cosas
y tu sombra
apegándose de tantas formas a todos los remedios, y
que estarán para ti en mí
besos como si lloviznara, surcos de flores
y poetas.

VIII

Héteme aquí cocinando eternamente sinos,
levantándome sin ganas
a mirar palabras mal paradas en estantes,
a besar de a poco
todo lo que guarde algún misterio, pero
entonces doy tanta gracia a ti
por haberme puesto en un descuido
entre tanta tumba,
entre tanta edificación terrosa,
y en cuya sangre y manos déspotas,
sucias de ti,
me volviste hacia el amor incontestable.

IX

Ahora vuelves,
es cierto,
con el mismo andar que se abre paso,
con el mismo perfume a albahaca húmeda
y pájaros y cosas
que te entrega la tarde.

Ahora vuelves,
es cierto,
con el mismo amor que lleva todo,
con toda la ciudad por dentro
y vuelos y corazones
que te gana la noche.

Ahora vuelves,
es cierto,
y te juro que no sé qué es
o a quién invoco;
pero vuelves, es cierto, y no me basta.

X

Me dijiste que no te hiciera caso, que no pasaría nada
(por lo menos esa noche),
y te sentí como no sabría decirte
pero fuiste algo así como un duende loco
soplando
una flor de hierro
de mala gana;
entonces recordé tu pie arco,
tu pelo noche,
tu boca mora o moñito rojo
y no me dieron ganas de colgarte un beso en el pecho
porque tenías razón y coraje y me callé tanto:
tú fumaste dos cigarros y yo uno mirando perros,
a un borracho que pasara cantando que él era bonito,
gente correteándose a sí misma para arrebatarse algo
-como los pobres perros poderosos-.

Pensé que así es la historia,
un cachito de cada cosa
y que cuando alguien diga *historia*,
a ese intrascendente alguien
debe poblársele la boca de hombres,
pájaros,
y hasta de boñiga
y de hormigas muertas en un plato de miel.

Ya no hablamos,
y fue lo mejor que pudimos haber hecho,
abrirle el corazón al tiempo,
porque sabíamos que en algún lugar del mundo
existe una flor empapada

y nubarrones flojos
que se debaten el aroma
de esa flor parecida a alguna boca
que no viene a ser insulto,
ni una batalla, ni un dolor,
y esa flor,
como una buena mujer, tiene más poros que nadie;
pero que también
por ahí un hombre le hacía a una mujer
golondrinas en el pelo
y la descoronaba beso a beso,
y ella sentía
cómo a él le andaba rabiando en el pecho
algo azucarado, azul, ensangrentado, todavía.
Y quisimos tanto silencio como éste que me detiene los ojos
al oír orinar a un gato.

XI

Cómo es que te olvida tanta gente,
que reconcilie el sueño y sus asuntos,
embrollos de amaneceres y consultas.

No es posible ya creer en nada y nadie.

Yo voy a llorar a los cines
como si fuera un buen pretexto;
miro desnudos,
tormentas o pendencias de mala bandera
y en los ojos míos
va inculcada además,
esa imagen tuya y ese aroma.

Me alejo como puedo de la gente y los amigos,
porque no quiero
que algún desdichado
mire en mis ojos el cuerpo
de la historia tuya y no poder darte,
aunque haya también luceros
en los que por Dios Todopoderoso
quisiera maldecirte.

XII

Tú viniste en ese abril que yo gritaba a pidos
después de haber mandado al viento de ceniza
mis dibujos coloreados con crayola en cartulina,
el aro de la oreja de la primera novia,
la moneda de Sandino y tantas cosas;

tú viniste hermosa,
violada con las razones de la holgura,
pero mi ojo cráneo te adivinaba otra.

XIII

Hay en toda esta remembranza acantilada
un deseo impreciso y misterioso que me alza y me derrumba,
un aire como de jacaranda lujuriosa y lloviznada, como
un imperio de lágrimas, una gota de luz,
un silbido de agua, un infierno de rosas.

Todo el resto del mundo se embrava y se azucena
como una virgen llorando delicia profundamente despierta,
y hay un terror de vida limitada que me genera a un tiempo
y me consume.

Es entonces cuando adivino a los amantes
que envidio y que no he sido,
cuando busco mi Biblia y la agradezco o la escupo,
y para no irme definitivamente de bruces,
invoco y recupero a mis amigos
que me conocen como a las palmas de sus manos
y que me empujan a resurgir sin rabia del reír
que antes deshice.

Me viene luego como una especie de alivio
donde el tiempo universal y los besos confitados se conforman.

Primaveramente a cada uno de ellos los enmarzo y los leopardo,
pero no les pongo lluvia; los desordeno
y me los voy trayendo aquí con sus estampas para mí
y si menciono por ejemplo, Zenón o Carlos,
es como traerme un dibujón grabado aquí o el campo. Y
a pesar de todos mis horrores me embolso la licencia marina,
que es como decir poemas o Teresa, César y Ricardo.

En tales circunstancias debiera abrazarme esa muchacha
que en licores constantes me reactiva y me padece o,
aparecer en carne propia, otra o el cartero,
poque allí soy lo que no soy, lo he dicho ya, y soy molinos.

XIV

Entre las artes carnales
la mujer es una industria,
pero el arte que no es sano
se trasmuta
a maestría catacumba,
a razón zanahoriamente
prostituida y enferma.

XV

Las grandes dentelladas agresivas y
la última baraja
para ganarse al fin el gran paseo
del carrusel verde,
la mascada naranja,
el licor de frutas fermentadas
de este moribundo alado
tiene algo parecido tanto,
a la noche bronca de una mujer de frente.

XVI

Además

siempre estarme de buen temple
para mirarte el juego de la toalla
en la cabeza

y tómate las manos y bésame aquí,
o para oírte el siempre dale dale
de una casa con barda de piedra grava
y piso de adoquín:

primero un baño, luego un jugo,
y después jorobarle a alguien la existencia
por teléfono, pero que te llames Narda.

XVII

Porque su cabello espumoso era mi levadura
la tunda de sus dientes contra mi pecho
el fundamento menos triste
que volvíamos natilla

y porque pude nombrarla Narda
como la más grande reina coronada

puse despidiéndola y llorando y sin querer
en el último o mejor de los carruajes

toda fragancia y toda tumba

sombreada por el rumor nocturno de la pajarería

XVIII

Aseguro que su cabello de fina espesura
era las espumas embriagantes del universo.
Cabello que ahora alcanzo en neblinas
y en el que me zambullo ennegrecido y remoto.
Olfateo como un tigre aturdido el aire, rasguño ese
licor en espiral que anuda un tiempo fugitivo
para que los ojos míos se inunden de lodos y de piedras:
así soy de golpe toda la ruina junta.
Ruina chapada que sólo conocen los niños que
cambian de pelota y domicilio,
los buques varados en médanos de noches empinadas y profundas,
los misioneros y ladrones de barrios fantasmales,
los remates de bandejas abolladas y de estufas.

Y si la desproporción de su figura
en el abril y los espejos dibuja litorales
y me hace creer en palmeras que se elevan y se esfuman,
así este corazón de tigre o pato alcanzará,
nunca o temprano, esa real y fin fortuna.

XIX

Muy lejos de la desgracia de la mujer hermosa,
en el seno del mar,
el viento norte absorbe lentamente la
sopa de coral,
y en marejadas hondas, el límite del guano.

Pero entre esa gabardina rota
se guarda un corazón de mujer indolente
que ha arrasado con talleres alfareros
y canastos, címbalos de lata y trombones,
cocos, triciclos y plumeros. Y aborrecida la tarde
un hombre llora minuciosamente los objetos
sin revolverse en la arena, sin enmarañarse
bruscamente el pelo.

XX

Si mi boca exploratoria
te busca en la narrativa carnosa de las cartas,
una calmosidad de viento fúnebre me lanza de lo infame su jauría:
me persigue culebreando, infatigable, la blasfemia penitencial
del engaño enamorado, y el delirio con sus rémoras me baña
de carabelas neblinadas o leopardos.

Tú bien sabes que mis noches desdibujan los diluvios
con un dejo de alegría desmentida;
que mis ojos se atacan de irrisión y desentierros,
que te grito hasta estropearme dulcemente la cabeza y
que mi prontitud te ronda y ronda estúpida y ciegamente
manoteando.

Pero aunque mi estar en ese cielo ínfimo me desnucque
y a dentelladas me arranque la cordura a pedazos,
-y como no existe ronda moral que impida la santa mordedura-
yo me invento secundeos de una gloria furtiva,
y voy de mi ciudad a tu cuarto
a besarte los cajones de las blusas, y te lustro
completamente agradecido de la vida los tristísimos zapatos,
para que mañana ya un poquito tarde,
salgas zumbando complacida a tu trabajo.

XXI

No sé porqué te pienso así:

Te miro diciéndome que una vez aquí,
que aquel viejito,
que soy tonto y que soy feo,
que tal canción te arropa.

No sé porqué te pienso así

pero me gustaría que guarecieras mis manos
y que dijeras que no sabes
porqué me piensas así:

Peleando alguna meta, muchos negativos al sol, refranes;
y además encontramos en el motor de cada cosa
y besarnos por ahí alguna vez
de la manera más cursi y fresca
para que entonces la vergüenza de mi boca
prefiera siempre el serenar y destino de tus brazos,
que tú no sabes,
me irían apartando de esa mariposa loca que me flota.

Ahora espera,

déjame mirar con tu horizonte,
pensar con tu silencio,
tocar las cosas como lo haces tú
para adivinarte fuerte y buena,
y saber que tú también tienes un volcán acá
donde se duerme el florecer y tanto muerto.

XXII

Evito la maravilla de encontrarte
como la inocente tentación de una criatura.
Una criatura no sabe, nunca sabe
en qué momento el deseo lo trae papaloteando.
Nunca lo sabe la criatura, nunca lo sabe.
Sabe pero no lo sabe.
Siempre logra lo que no quiere la criatura.
No sabe que juega con perlititas
en el mero centro de la vida y de la suerte.

XXIII

Entonces, Bruja, para ti
ese poema de Miguel Hernández
en boca de Serrat
que podrá decir por mí
lo que yo no podría,
pero nunca podrá vivir ahí
la alegría oscura
que guarda la memoria táctil
de mi perra boca.

XXIV

Yo hubiera querido que tú
antes,
mucho antes de tomarte las ganas
de marcharte
nada más que por dolerme
aún más crudamente la esperanza,
hubieras querido darme la vida
yéndote hermosa sin dolerme
nada más que por tomarte las ganas.

XXV

Mussel:

**Mientras filosofías brabuconas engalanan guerras
destiando las edades
de cada una de las cosas que te añoran,
y apoltronado e indolente
reviso tretas de fotografía y lumbre
¡Y ay, Mussel, Mussel, no te he olvidado tanto!**

XXVI

No quiero, hoy por siempre, vestimenta de paja y de rodeo;
quiero una palabra que por sí sola me alivie o me enferme,
pero una palabra con sabor así de vuelapluma.

Sé que llevo en los ojos un algo que no se mueve,
algo como un macetón o un altero de ropa blanca,
pero dentro en eso, Bruja,
un cordón de dulzura llorosa como un hilito de agua.

Tengo mi vida en mis manos y todo mi tiempo de vida.

Puedo tenerme algunos abriles y otros mayos
y cargarlos en la boca como un palito de árbol
en el pico de un ave.

Puedo llenarme de telarañas oscuras ya sin miedo.
Puedo llegar a entender que la vida no es breve y tardada.

Pero si en ese mirar pasar tanto pajarito atraviesa una bruja,
las palabras volarán entonces como pajaritos,
la vida será tan breve como toda la vida,
abril no traerá 31 como siempre,
y sólo usted, Brujísima, podrá entender mi vida en sus manos,
mortal sí, pero sin atavío de sepultura.

XXVII

La lenta tajada
de la luna a la copa
discreta de la ceiba
brindó mariposas tontas
a tu cabellera;
mariposas que en lentejuelas
correteaban por mis dedos
que más bien eran tuyos,
del entrearoma,
de la luna,
para un pecho y corazón hermosos.

Y no comprendo casi nada.

XXVIII

La voz indomable
de los fantasmas potros
trepas
 navajeando
a formas indescibles que se alían
desde las cárcavas más profundas
del visionario
que sonriente nadie lo atestigua

XXIX

Los pesitos se fueron gastando en manjares perrabundos.
Ahora sólo ondea como un símbolo cavernario
su mano manita,
su vellecito oscuro que antes macerara alegatos,
su horrorisísimamente bella boca pajarito.
No infesta ya siquiera las vidrieras.
No pretende ni una mano arrancarle su íntima figura lechal.
No existen ya la primavera, los vocablos,
ni el exquisito desorden delicado de morder sin tregua.

XXX

La ubicación del pálpito -vociferaba gárgolamente La Cornuda- la tengo aquí, y no me vengas con que estuviste todo el santo día metido en tus carpetas en Correos; bastante tengo ya con el casi medio litro que me trampeará hoy por la mañana tu amiguito que viniera a laborarme en nombre del lechero; pero espérense tantito, perros, ya que La Güera y yo le andamos tramando a ustedes los maridos una guerra de tijeras y pantunflas: Ya estamos hartas de hacer gárgaras de jarabe para confundir la bilis, y de que nos tomen de puro carnaval como a las yeguas esas que se paran por la noche en la esquina de la *Mercería y regalos el moñito*. Y no piensen, insulsos, que seguirán dándonos atole con tintero, quiero decir con esos poemitas que nos escriben y que nosotras miramos como sábanas sucias o conservas de camote, y que no entendemos nada: Qué es eso de que las sirenas tórridas por las medias tardes barritan o piafan ¡házme el favor!, y a ver si ya te vas cortando esa melena que ha de ser un enjambre de güinas y de piojos, perro...

XXXI

Vine de un oleaje portentoso
a besar los piecesitos tuyos
y a morderte el pelo

Luego se me vinieron quedando
para siempre entre los dedos
esta cabellera brava
y pedazos y pedazos de coronas
fúnebres

XXXII

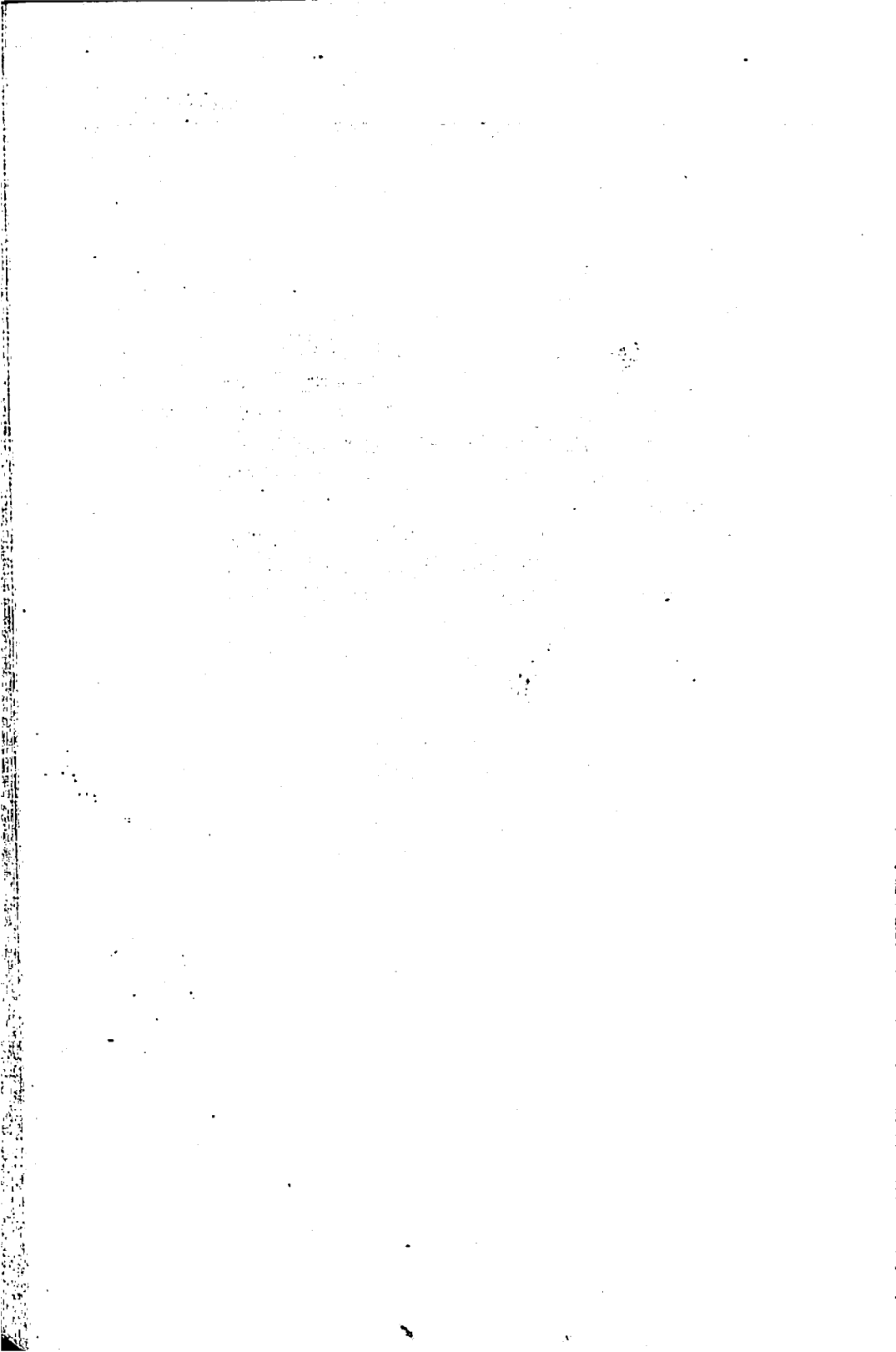
Los navieros se van, rompen el temporal y olvidan por lapsos brevísimos el intercambio de idiomas y chaquira. Nadie puede lograrlos. Siempre prevalece en los poros de los piélagos residuos de coral y fósforo y copas que ya quisiera el cine. La historia no logra trascenderlos.

Se dice en tabernas con aroma a tiza que Lucifer, en estos navíos cuando están al paio, coloca en las bóvedas duendes con caritas del horror que recoge en el sudario de otro ángel malparido, libros con pinturas de mujeres árabes y magnates con nombres de máquinas o pastas para sopa. Cuentan que el viejo Caronte boga entre la espuma.

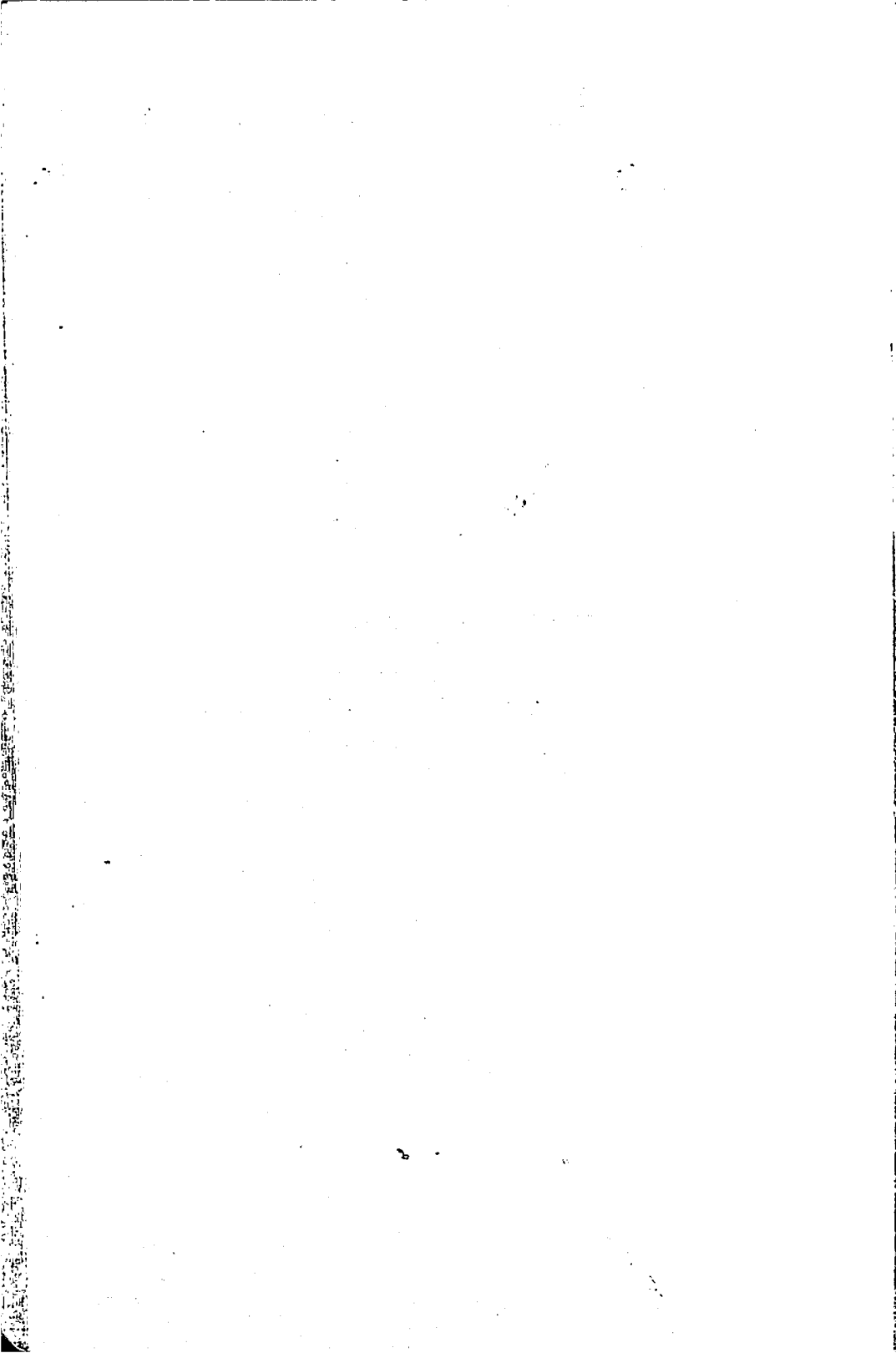
En el mar nacen y mueren todos los amores y tormentas, porque ya se conoce también en ese cielo, que Lucifer fue descubierto por un niño moreno masturbándose cuando dos muchachas lloraban sangrando delicia, y un marino miraba fijo el piso como miran los pobres.

XXXIII

Como la golondrina desflorece
el cielo de leopardo,
como el cardenal distorsionado
de vitrales con pájaros parados en coronas
y un león con vidrios de melena,
esa mujer combada, enternecida,
irá olvidando los amores involuntariamente,
el calor junto de la lana contra el nombre,
y se pondrá el corazón de monja negro,
verde.



PATIO DE GORGONAS



I

Las mujeres de mar,
ese vasto registro que la delicia enmarañó
con potros y pulpos, ese movimiento velamen
negándose al zarpazo nubio de un ala mancillada,
se posó en el salto de arco y látigos
ofreciéndose a un juego perfumado de medusas livianas,
a la danza gazapada que llevamos en el pecho todos.

Cómo negar ese perfume cedoso y la réplica canela
de sangre musgosa ovillada en las gargantas
de este juego batallándose.

Quién podrá poner en el movimiento querellas
y largarse por un trecho que guardaban sirenas y antílopes
para encabritar la noche abandonada,
a este largo imperio de toros desangrándose
y perras querellas geográficas y dulces.

Ténganme a mí para su goce de jinetes y pétalos despacios;
álcenme con la carne rota sin pudor
y con este grito amarillo y temblándome.

II

Quién sabe si importe la balada
y el embelezo dulzón por la costumbre
o la escuela hermosa y su motivo;
pero ha de ser fácil terminar algo con tres puntos
en un amor solucionado o una pinta y
escribir esperanzados *Granma* en 'leteritos de No Fume;
meterse el chalequito rojo
y andarse por ahí con todos los astros encima
diciéndose que es linda esta hebra de lluvia
para estar hablando con Mónica
de la fuerza hada y la Revolución,
en términos de la flora y de Penélope.

III

Para mí no existe mayor fortuna
de que Teresa Guevara me quiera como me quiere,
ni mayor importancia que el de saber cuidarme
de cavernas comunes,
cambiadas en un descuido por junglas emputecidas.

No me importan fundiciones baratas
de hechizo trivial y magias inmemoriales.

Para mí no existe mayor fortuna
que poder meterme a sus ojos que son como
caseríos polvosos, donde allá en el fondo
se agiganta un jardincito frondoso con teresitas
de corazón morado
que a mí me dan un poquito de orgullo,
un poquito de rabia, un poquito de lucha.

IV

Lindo verla llorar con cartas entre las manos,
y ella, tan ella, sin novio y sin nada.

Todo clamor suyo es todo tierno, brutal y salvaje.
Viene y llora acá desde muy lejos. Y a esa hora total
se descuellan montañas; en cárceles putas se embotellan
caracoles o barcos;
surgen en otra parte de trenzas y pechos de mujer
torbellinos de voz marina o banderas y escaleras silenciadas,
tropas y maniobras de cerebros reales,
tan reales como las vísceras,
la piel y el trigo, las noches por darse y las dadas.
Llora y la quiero bien, delante de esta paz,
este horror, estos lentes sin vidrio, esta algarabía callada.

V

¿Pero dónde llevaste mi lenguaje,
La novia robada del Onetti,
Las armas secretas de Cortázar?

Qué puedo decir así con esta boca
sino que en mi casa tenemos
un búho de madera, una tortuga disecada.

Tú dirás que no es verdad
pero en un pasillo largamente largo
tenemos una fofa calabaza amarilla de otro tiempo.

Como generalmente de prestado.
Triste tengo todo y río tanto como todo triste.

En mi casa donde vivo todos son muchachos,
en días viene Tere G. a platicar,
en otros leo cosas de changas con Laura Monteverde.

Y tengo tantos deseos de que llueva, Narda.

VI

Si pudiera decir -y tenerte Margarucha-
que las mañanas abrilneas son terriblemente fuertes
sin la presencia tuya que embrumece en negro
el azahar de los naranjos y los pájaros.

Ahora existe una fachada limpia
y verdeblanca de mi casa,
que he primavereado minuciosamente para ti,
para que vengas aquí sonriente de la delicia honrosa
y excelsiva y no estafada.

Pero cómo es posible
que de tanto arrastre luminoso
no pueda decirte infinitamente esta boca
hasta los huesos
que en el tiempo, desde el tiempo en todo tiempo
yo me muero enternecido por la fortuna
de la vista y de los montes,
reverdecido en razón menuda por el amor de mis amigos,
mis amigos que pretenden convencerme
de que no habrás de venir jamás ni ser conmigo.
Triste y pobre, pobre y triste, Margarucha.

VII

No te dé espanto de dejar lo colegiala
para vestir los ajuares de novia Margarucha,
aunque ya no estén
los libros con camellos y golondrinas,
ni el pedalear la bicicleta,
ni el queso panela ni los dátiles,
ni el domingo de canto mormón,
ni el quizá soñar con el amor de un camionero.

Pero sábetete que viene ahora de la vida lo sabroso, Margarucha,
que es paladear el valor inequívoco y real
de la verdura, la mecánica,
la sapiencia del Don buen señor hojalatero.

VIII

Me sorprende tu infamia Gobernanta,
tu amor desdibujado aquí
que ninguna vigilia que aullara satisfizo.

Sítuame una vez más en este mundo siquiera ya sin ti,
profunda arriba tarde mía. Ya he llorado
dando en hálito bocanadas hondas de agradecimiento puro
el infierno helado de las montañas,
el par de naranjitos de mi casa,
el vértigo de los abismos y
la emoción portentosa de los montes extendidos.

Alzame hasta donde ahora están
mis coincidencias de antes, las entrevisiones,
toda esa magia cotidianamente maravilla y marabunta.

Deja a las mariposas en paz
Brilladora, Ontiveros, Gobernanta.

Yo tengo ya sapos en los ojos. Tengo absurdos
y una tarde de besitos en casa de Anastasio.

IX

Decir que voces suspendidas te corrompen y convierten
en horror y pesadillas pajareando.

Decir yo he estado aquí en otro tiempo,
sin ser verdad, pero

decir que en algo así de vida

yo he abrazado a la *Mona* y a Teresa;

que me he perdido en plenitud

en enjambres de cabello y carnes aniñadas;

que en arrebatos de esto y de lo otro

los días de marzo han ido enloqueciendo.

Decir que en ensombrecidas comilonas de inquilino

los engranajes del mundo y la riqueza

han vertido aquí sus sangres y su nata.

Decir que soy el hombre más rico

de la *Colonia Periodista*,

contando incluso a tanta ceiba con tanto pajarito.

X

Yo me abrocho más a la existencia
porque he ganado el nombre de las cosas
a fuerza de irlas sangrando minuciosamente
con el pecho que me inventara una mujer de nombre Alma,
y por quien no habré de morir en las alturas
y además porque me quiero. Por ella
he entendido el agradecimiento puro
hasta amarillear de felicidad genuina
por tanta y tanta cosa inmerecida.

Yo beso los motores de las máquinas,
las temperaturas altas,
dos o seis lugares de Sonora,
los libros de Mutis, los niños de labio leporino.

Agradezco la visión entera del capitán Nemo,
la existencia de Serrat, Bethina, Abigael,
Patxy Andión, Cortázar,
la cerveza y el viento,
y obviamente al corazón de Julio Verne y los vecinos.

XI

Como las horas
los cristales se cuajan
y ruedan presurosas
pequeñas viajeras cristalinas y
el silbido de los pinos
va cortando el otoño y los cartones.
Algo se va tejiendo idéntico,
tal vez porque sopla el viento lo que quiere;
ese tiempo laborioso y bruno
que me trae un delgado olor de mandarinas
y madera.

XII

Tenga usted y llévelo.

No lo podré guardar yo porque es tanto.
Tanto disparate y tanta venta,
tanto sueño velamen y ferroviario.

Haga usted del odio tarros de turrón y talcos.
Limpie de bautizo y de terror a los panteones,
de hojas de papel y lapidarios.

Hágale saber al corazón
que al romper el pan el alma se hunde;
que el pecho sensitivo
lleva cristales empañados
y hombres menores rosados de leucemia.

Dígase usted que llorar no sirve,
que hurgar entre papeles de la muerte no es natural de uno,
pero sí el querer devolver esas tardes y esos nombres.

PIEDRA EN MANO

Dear Mother
I received your letter of the 10th and was
glad to hear from you. I am well and
hope these few lines will find you the same.

I have not much news to write at present.
The weather here is very warm now.
I have been out for a walk every day.

I have not much news to write at present.
The weather here is very warm now.
I have been out for a walk every day.

Yours affectionately

John Smith
I have not much news to write at present.
The weather here is very warm now.
I have been out for a walk every day.

I have not much news to write at present.
The weather here is very warm now.
I have been out for a walk every day.

I

De mañana he visto a una niñita sentada en la escalera con un gato;
le hablaba de idiomas raros y cuentas de casita.

De nada me vino ese budín que no se come, ese ganso,
ese espárrago, tanta legumbre que se pudre;
aquella muchacha que se tiró al canal por una coliflor
también podrida, los joyeros y sus caras,
la flama de los ojos de los niños
hecha sangre de carámbano por frío;
en las tiernas muchachas que tienen la fortuna
de tejer bufandas, calcetines y chalecos de estambre para el hijo.

Así se cierran las aldabas,
y como labios de moribundo se abren los epitafios;
se dibuja en el juego del billar del dandy
montones de chícharos
donde brincan sapos que reviste algún relámpago.

Luego se va desgajando el sol, cayendo a botecitos de tornillos
y a frascos de mostaza con germen de linaza,
a esta acuarela que me regaló una niña que quiero mucho
más que mucho y claro, me viene la sonrisa
que se cuele como culebra entre la barba,
entre lianas de párrafos y bronce.

II

Será del pintor la pupila china
y el papiro detonante de la pólvora
en ese desangrarse entero
en un cielo más que azul y verde.

Del pintor será la flama que palpita
en larga punta siempre como
eslabón perpetuo que se quiere y fuma.

Del pintor
el coágulo pintado por renta o por fortuna
y en el óleo
adentro el canon, la moneda y el ternero.

Del cristal y la campana
un pecho cascabel o un pozo.

Y de Jorge Boccanera un beso
para un vagabundo que contempla en mil vidrieras
una trompeta cara.

III

El sol flagela los sargazos,
las oleadas de latidos morirán perpetuamente
y los sorbos de amor, sencillamente,
se irán a cascar las puertas de nuestras casitas.

La nitidez fuera del tiempo formó las pompas
de hemorragia que guardan los pergaminos,
cadáveres, muros y peripecias
para que nosotros, los susurros,
acunemos en la luna la perpetuidad de las cosas más simples
como el cártamo, las criptas, una mujer mormada o légamo,
para que ni mutación silbando en el invierno
de olor a estopa y a petróleo,
ni bóvedas oscuras de naves silenciosas,
se imponga ante estos muros que día a día inventamos
en el hervor de la edificación de otra mentira que sueña.

IV

Son estas tapias apenas golondrinas bajadas sin haberlas:
esta heredad de toros desangrándose y besos
traicionados en los ayes.

Todo se pudre por pobreza en carnes íntimas
y dientes que ya no.

Un alba toda tirada en patios lunares
que quieran los gatos y la fuerza diminuta
de estos brazos hoy se eleven.

Límites sin perfección de muerte: siquiera
soga, asfixia, ahogo puro;
arañazo de lluvia maltratada sin diluvio, y mayo aquí
desordenado en guiso
con pioneros sucios del infierno y lunas de campañas
con sus luces,
todo así como una flor normal, impura.

V

Bien sabías
que igual me caía la tarde contigo que fumar,
pero a mí nunca
se me posó una abeja muerta en el camino
ni tres o cuatro aletazos
que se debatieran algo que ruge.

Por tu parte no tengas miedo al tiempo,
continúa armando el bucho;
de cualquier manera
tú no inventaste los anillos.

La vida tiene su palanca
y si a alguna llovizna le pica la tarde,
pues camina o ríe.

VI

Cuéntalos.

Mira que la locura se envuelve en trapos
y que con la ayuda del que va muriendo
se lleva al infierno el mercado de las fugas.

Fíjate cómo cruzan en tajadas por el cielo
como hermosas aves de rapiña,
cruels como el nombre del amante.

Míralos husmear.
Observa que son muchos.

Mira qué tienen de escondrijo las mansiones
y mátalos a besos.

Máталos.

VII

Aquí nadie se quita el sombrero y se llaman de tú.
La mujer que hubo engendrado un príncipe
se enciende, se abochorna de gusto y se enternece meciendo la cuna;
oculta,
mira y se aprende el horizonte de memoria porque tiene miedo.
Y allende el fulgor de la ciudad nace, brinca, se estremece,
allá
donde los inmundos roen las paredes y las flores,
donde el corrupto bebe la cerveza como vidrio de sangre,
donde la melena estrecha y apenada de la noche
se embiste ya con ira sobre los pobres malos corazones.

VIII

La jarapena rompió el aire
y se hizo el polvo.
Los pasos del hombre acabaron, mataron el polvo
con la sabiduría porfiada de la ciencia;
todo estuvo limpiamente superficial
y por ventanas sin muerte
pasó la vida con la cara limpia.

Colgó la sangre del venado
salvando la nieve;
pero vino el enano y el calvo
con el desperdicio humano,
degollando la noche sin saberlo.

Ahora saben que si la nieve muere
y rueda a los pies de una vida
renacerá la muerte por amor a las ventanas.

IX

Después de todo es verdad
que el imbécil más civil y partidario
se inclina fascinado por la palabrota
y la pelotita del rezar y en hacer causas
para arrebatarse el ala al ángel de lo eterno.

Pero si la cordura se ata a la indolencia
o el bien y el mal que trae uno mismo puente se sublima
y se meten en sus mismos pescuezos las palomas,
no han de someterse jamás ni una camisa ni un uniforme
a olvidar y quitarse el amor de su viejecita o su muchacha
para filtrarse a la lista de esos genios y claveles
que después de todo es verdad
que se crecen más allá del cielo, las maneras
y quién sabe dónde.

X

Aún que el pecho le abrieron a tajadas,
que le pintaron estertores con crayolas
y rimel de navajas maceradas;

aún que lo bañaron de puñales
vestidos de azucenas
y albricias de guadaña,

aún que le juraron reforzar su desafío
con caballos, legumbre, trocitos de fósforo,
copos, cardos, dagas,
le escondían un murmullo de entrearoma oscura.

Y así, azotándolo de vez en cuando
con epígrafes celestes, se les murió de golpe.

Se les fue escapando de las manos;
pero todos olvidaron un punto:
se quedaron por ahí de sus zapatos los cordones
como legados al mundo,
acompañados de la tan siquiera poca cosa
que todos llevamos en el pueblo.

XI

Vuelvo de cárceles
a la grave sangre que me adhiero
atravesando la doble espía que perdura;
a las llaves que transformarán
el papel devorado, en Justicia.

Vuelvo de cementerios
a la sentencia rocosa del viento;
al modo de sepulcro que se obtienen
los toros beatos de Instituto.

Vuelvo de guerras al muelle, a la calle, al pueblo nuestro
que ara la niñez desde su pie,
al deber que viene encima de la historia
cargando autonomía y besos.

Vuelvo de sienes
a la patria del principio.
Vuelvo del campo
a escribirle al viento
lo que a cada reverso continúa.

Vuelvo porque siempre vengo.
Vengo porque siempre existo.

XII

Que vengan aquí todos los hombres de poco tino,
los hechos a rumorear,
los que fabrican estufas, pedales y claraboyas.

Venga ahora el que destaza carne en frigoríficos,
los que se ganan el pan con la garganta,
las mujeres que viven en cocinas y mangas,
los carboneros de una pena imborrable.

Véngase aquí a levantar otras tapias.

Que vengan las más femeninas y los menos viriles,
los que ceden sangrando,
los que con ellos nunca se ha podido contar,
los que tarde a tarde sumergen al aire a pájaros
en campanadas,
la muchacha que hace tantos años palpé.

Que venga aquí el vitivinicultor,
los aterrados, los que rotan y rotan,
los que dejan pulmón por pulmón en las minas,
los de la testarudez ferroviaria,
los que envejecen en laboratorios y bares

para decimos unos a otros

que al ingenio azucarero y al pueblo de Cuba
debemos ayudarlo siquiera con el corazón en la mano.

Siquiera con una piedra en la mano.

XIII

Una noche a hurtadillas
la estampa del garrote nació
tras la sordina de escombros.

Al tiempo, en la tierra,
el abrazo fue forzado a la demora,
al inocente arrullo de la espera:
lejana
la apetencia se llevó al ministro
a las agujas del olvido
a pudrir todas las raíces,
a su santa madre que le parió.

XIV

Brilladora pena mía
es esta una canción silbada a un muerto;
heroicidad mendiga buscándose el corazón:
Y sangro mi camisa. Sueño con caballos y portones.

En un paisaje terrestre pintado en agua
recojo piedras poma
mientras un caballo pinto camina bajo el agua
al que apenas alcanza a mirarle la cola Marco Antonio.

Así voy por octubre en el otoño
deseando sin fruto pertenecer a la alegría y su elemento.

Brilladora pena mía
es ésta, apenas, una canción que no ha nacido nunca,
un tonto funeral de los más tristes, más simples y comunes.

XV

El abrazo que te dejo en los ojos
cada vez que la mañana estalla
en sus colores de verdura,
es tan pobre como un triciclo solo,
tan viejo como un niño en la ventana;
pero ya verá Don,
dicen que el viento vuela llamas,
que el rocío del alba
-esparcido y largo-
es cual pone luz en los colores,
y a nosotros Don, a nosotros
el viento tantas veces nos ha roto los ojos...

XVI

Así
como animalito de fábula,
como pequeños alfileres dorados
que se clavan al sordo mármol,
como el mismo movimiento
que se inclina a tu paso delgado, eres.

Así, engrandecido,
recoges los astros más hermosos y tremendos.

Y así
en cada felicidad nevada
que te ahonda para morderte el hambre,
allá en el vuelo,
sé que el albedrío te dá estrellas,
y el cielo, las niñas y los caballitos,
campo y lucha.

XVII

Trotadero pestilente de potentes en desgracia
es este lupanar de santos y malditos bendecidos,
reptiles testigueros, traiciones izquierdadas
de quien antes te abrazara y dedicara más que un beso.

Estos se roban la vergüenza de otros para
convertirla en elixir antesala y pasarse por ahí
un poquito más allá de un mes Luisiando. Pero
si una verdad coloreada que en otro tiempo rojo, vuelve,
malamente se les planta otoño con su ventolera gris
y su rompecabezas
de patios y recuerdos con gritos que ya no.

XVIII

Entiendo muy poco
y de veras que lo digo para disculparme;
no encuentro la vereda a tiempo
y estoy a tantito así del filo,
pero tenme paciencia, de seguro voy:
Quizá tenga una fe errada hermano,
pero errada y detonante,
y ya estaremos juntos para hablarlo
con otros tantos.
Por ahora, tú, tu viento aromado,
yo, mi dirección a trote. Tuyo siempre, amigo.

XIX

No es ahora que reparo en la caricia.

Siempre miré ese odio sereno sobre los manteles,
la misma forma de tirar el arroz en la costumbre.

Contra mí no puedes tener nada salvo ignorarme.

No cabrán en mí títulos abanderando la guadaña
ni esa alusión que tiene tu sonrisa arrendadora
igual que la de títeres.

No serás tú quien venga cuando te dé la gana
con ese despiste voluntario y ese frío.

Seré yo quien mande y juegue las monedas,
tú en cambio, tocadora de amarillo,
serás siempre como cualquier alguacil o descarriado.

Yo me iré cuando lo elija
en la sangre seca de la lengua de los perros muertos,
y si quiero, en el hormigón de las grandes construcciones.

XX

Lo que surja de aquí estará dado en nombre y alma a los hombres que han contribuido a que las puertas tengan casa, a que las hojas se hagan libros, a que los gises detallen vocabularios y trenes, pues existió un tiempo en que se creyó en el pan y la bravura, pero ahora no penetra a los días sino como nostalgia idiota de encontronazo o carcajada. Sin embargo, detrás de toda broma temeraria, se sabe que el valor se aturde por inocencia o ignorancia genuina, y que si bien vale remover las trampas, más cuesta menospreciar todo rompimiento generado precisamente por tanto alarde movedizo, creación también de la derrota. No se habla de épocas finiquitadas sino de hoy, cuando se mofan al decirnos los padres del horror, que no ha habido ni habrá un solo pecho de mujer que guarde verdaderamente un tigrillo fidedigno.

PLEGARIA CAPITANA

The first part of the report is devoted to a general
 description of the country and its resources. It
 is followed by a detailed account of the
 various industries and occupations of the
 people. The report then proceeds to a
 description of the climate and the
 diseases which are prevalent in the
 country. The last part of the report
 contains a list of the names of the
 various places and a description of the
 principal buildings and monuments.

Hay una narrativa carnosa que agradezco, y es la que en ella trátase del color amarillo violento como si se hablara de alguna jovencita recién, de capitanes entrados en años que se vuelan los sesos porque perdieron su barco donde alguna vez pudo haberse levantado amistosamente el humor más triste del mundo a la par que rodaba un licor de lo más rebajado; sólo que esa literatura va dejando de serlo conforme se me viene instalando en el pecho ese algo de suficiencia llorosa que me deja algún personaje avispado, testarudo o zorruno, y decida quedarme con él allá todo un martes veintisiete a especular sobre las gracias de un vegetal, o a contemplar el mundo trivial desde una erosión pedregosa.

I

En verdad, esta soledad que adoro no me embebe, cierto,
pero de ella logro estos ojos que van sangrando los objetos,
esta alegría nada rumorosa e imbatible, un destiempo que late,
un destiempo que muere, revive y se embellece,
porque vuelve ya salvado
trayéndote consigo y de toda esa belleza inconcebible surge también
en mí un pavor incontrolable
por entender que eso luego irá desdibujándose
y sabiéndote quizá no volver a tornar.
Pero antes tú allí y en todos los mundos eres mi integridad,
mi simple comunión con los techos y los patios,
mi vergüenza compuesta,
el agua llorando bajo higos y mangos,
la sabiduría en estos ojos sin luz,
en este corazón que ni siquiera da pena,
la emboscada de besos que después habrán de matarme
y que refrescaré,
incendiado, en los dos primeros segundos en que vaya muriendo.
Luego vuelto a los aromas terrestres vuelvo a preguntarme
¿Cuánta belleza de vida de las manos se me estará yendo?
¡Qué noble la soledad!
¡Cuánta luna y amapa por mis ojos deslizándose!

Mezcla peligrosa el suponer para mí una réplica femenina
muy parecida al delirio y los maullidos.

Soy una veta más anunciándose en el despeñadero
de una noche amorosa
que ha decidido nacerte.

Soy únicamente el llanto potable de un ciego
desgargantándose de amor
por el olor impreciso de una hembra salina.
Junto todas las nociones del amor con una ansia bravía
para arribar con los ojos emocionados
donde con el dominio tierno y apenas carnoso
viste por primera vez la luz
cuando vino contigo a pasear por la tierra
un ganchito de brizna marina,
algo derramada y genial. Pequeña tú,
naciente vanguardia de lúcido amor
que habría luego de volverse enormísima.
Y ya mortal y gigante, tú tendrás que llorar ahora apenas jovencita
el infortunio de amor, de ruina, de sin lugar alguno
que habrá de sucederle a todas las muchachas de todas las naciones
en sus cuartos y sus camas
...pobres.

No hables, mandante, a esta alianza de tropas que hierven
y te luchan,
te pelean, te arrebatan con ternura condenada.
El terror no lleva música.
El terror es todo lo sin ti; la espuma con sangre y espejos y cepillos
y aretes y tú besada no sé dónde y toda tú Capitana ya no mía.

Por eso el tiempo no se ordena.
Por eso te requiero aun muerta, y muerto.
Mi cerebro es noble conmigo,
pero mi corazón real te adora y te repudia.
No quiero sentirme culpable por recorrer el mundo y a verduras
y a Gironde: perdón si me baño llorando,
si lavo llorando, si los verbos son gerundios llorando.
Te pienso y te exijo como a un pueblo. Y coronado de obediencia,
sin ti se me mueren los platos, los viñedos, la sangre, las sendas,
los ojos, la fortuna, las batallas, los putos pajaritos.

No sirve de nada esta casa limpia.
No sirve de nada si el trabajo es tanto.
No quiero ni a Neruda ni a Vallejo ni a Gironde.

Otra canción comprobación de gastos,
el recoger hoja firmada de Claudia Pérez.

Escribir.

Sellar reporte de Juana María

que se llama Jeannete, con doble ene la muchacha.

Pedir la guillotina, encuadernar hemerográficos.

Quererte así con esta desazón gloriada porque algún cabrón te gime;
se equivocó la paloma, se equivocaba.

Y las manijas también, la energía, argollas, bodegas, sastres,
calosfríos, tufos, navíos en la orina y mapas en la estufa
o querer grabar al Che'f con Floralía.

Pero en esta madrugada tormentosa picada de catástrofes,
sé que es endulzante la existencia

si te consigo de las cosas porque estás aquí,

en el racimo de los peces batallando,

en las fofas ciruelas pechugonas

y el silbido de los trenes.

Te obtengo aunque lo ignores, lo he dicho, de todos los objetos.
Aquí, acá.

Te desnudo, te triunfo, te rompo con delicia
y soy felicidad locura

porque este corazón ahora vive demasiándote,

y embellecido de tristeza caníbal, te desata y te procura.

¡Qué horror gratificante!

¡Qué imprecisa nostalgia, qué llanto es éste, qué golpiza!

Las cosas todas rezuman gritos no gargantes y tengo tanto miedo
de morir íntimamente ahora.

A mira tenaz debemos contar lo que podamos y que se acabe esto:

empezar desde muy lejos;
desde un botellón de talco rompiendo un dedo
y pasar por la vida de mi pobre perro hermano
que de chico vendía mazapán y salvavidas,
hasta lograr llorar con crayolas entre las manos
el olvido borracho de los olvidados y la ruina genuina,
la tuya, la sin par, la mía.
Poder pararnos ya en cualquier lado.
En el mundo mismo, a un costado de las costillas de Vallejo,
ese señor que no es verdad que yo no quiero.
Iluminarnos en el silencio de visiones gélidas,
de pechos y pezones un poco malditos
con su tintineante sonido de conchas
o caballos venidos de ultramar, de esa lozana violencia,
para que entonces vengas con tus brazos de bronce
a pelear sobre mi corazón propio, abultado, incendiante y diverso.

Manijas pulposas han despertado en mí
la irreal locomotora del sereno que todo lo empapa de jugo verde
y aroma de naranjas partidas; tiempos jabonosos que jugaron en mí.
Por eso, siquiera una vez,
déjame nacer en tus manos que me amuchachan y me excesivan
como una inmensa parvada de pájaros,
como un febrero nocturno de remolinear chamizo,
como un olvidar y empezarte de nuevo.

Déjame inocentrarme los dedos con crema de cacahuete
para salvar en tu frente
el erguirse y erguirse de caballos y de hospitales;
ajúgame nuevamente los ojos
para sentir cómo se desbaratan las nubes,
e invéntame lujurioso en un campo de nueces y muéleme a besos.

Empúmame de fiesta jauría
para abolir minuciosamente tanto minuto rastrero

que me ha mostrado sus fauces
empuñando la gloria bruna y molusca de la muerte ruinosa.

Reduce mis ojos a sábanas planchadas,
mi cabello a arena alborotada. La costumbre de vivírmelo todo,
mi boca leporina en besos al aire.

Reviéntame la carne contrariando un festín de
pobres y tristes,
que por lluvias de hembras y trituras el tiempo debaten,
y que yo, iluso de cielo,
ambas cabelleras sangrantes sin remedio cato.

Confúndeme la vista con un viejo arenal.

Levanta borbotones
desrojados, desverdosos, devorantes de mis ropas
crispándolo todo en terribles oleajes. Piénsame donde nadie asestó.

Acúsame la extremada blandura de la devoción por cocinas y cavas.
Oscuréseme los burbujeantes vinos:
disturbios erizados del amor
que el zumbar marino humildemente aleja.
Insúltame el sudor y la fiebre reverberante del licor y
acátame solamente de mar a hombre.
Ensangréntame el furioso mediodía
con los jardines inmortales del desorden y el desprecio,
pero déjame penetrar al tuétano flotante
de tus astillas femeninas tan.

Esta quietud insatisfecha se agolpa, hay que decirlo,
en miedo desafiante,
porque no creo más que exista desorden necesario,
si este deseo se acompasa pendularmente

entre la holgura refrescante de los sueños y súplicas jadeantes;
súplicas menos tormentosas que la verdad de un placer muerto,
pero algo más inocentes y profundas
que el pensamiento absoluto y general último
del treceañero ahogado.

Por eso pido tu boca
que se me trunca en el pecho como un castigo de amor
llevando su llamado azul de abejas y campanas.
Y pido, déjame entrar dos veces a esa mentira que me halaga
para incendiar a besos la cabellera inspiradora,
y acallar las cataratas retumbantes que me ajan y
que mis tontas camisas presumen y se beben.

Déjame en la boca la savia femenina de las brujas
aunque después, desbaratado el tiempo,
tuviera que aguantar tanta alegría titilante
o con los ojos apenas encendidos gritarte manoteando.
Y déjame llegar lenificado
a la bonanza de las cosas, al texto proverbial severamente simple.

Házme entender el poder infinito
del río de sangre dulce y magenta del oboe,
o considera un tanto al que prefiere mentir
toda la vida
para inventarse un corazón siquiera,
un corazón, quiero decir, humano y todo.

Alegréame esta muerte pajarera que me zumba en los tobillos,
o haz seguir a los perros que gobiernan
a niños de grandes edades
con paladas y puños de clavelitos pintos. Y sólo entonces, tú y yo,
podremos ser astrosos, podremos ser distintos,
aturdidos de agradecimiento puro y tu sonrisa pecosa.

Apichona este barullito de corazón. Aliméntalo de
semillas girasol y piensa en todo caso si lo besas
en barcos destartalados o pericos,
que por parte mía el tuyo he atesorado en la memoria, y que
a cada mañanita bailarina de carey lo pretendo como a un pan.
Desángrame borbotón a borbotón
hasta que amaine en los patios y valles, y nuevamente
redúceme a monarca o a príncipe
para que el mundo me esclavice en pago
y me rompa y me humille y latiguee.

Métete en mis sueños a navajear los colores enlutándolo todo
para ya no tener más relojes, ni lunes ni febreros.

Y si no te basta ahora lo que en vida o muerte soy,
déjame aquí definitivamente sin beso alguno,
o reverdeceme entonces y ármame
hasta florecer en los patios y valles,
porque como una estocada hiciste nacer tú
en mí la poesía bramante;
lo demás, lo sabemos los dos, es escritura pura, y
hazme dármete a ti en un poema nutrido
de viveros, trascabos, cribas y abejorros
aunque el cielo desabridamente sea el Norte, el Sur,
la traición y lo bueno, la frontera y la balada,
aquel sexo de mujer, la bonanza y
luego...
espuma.

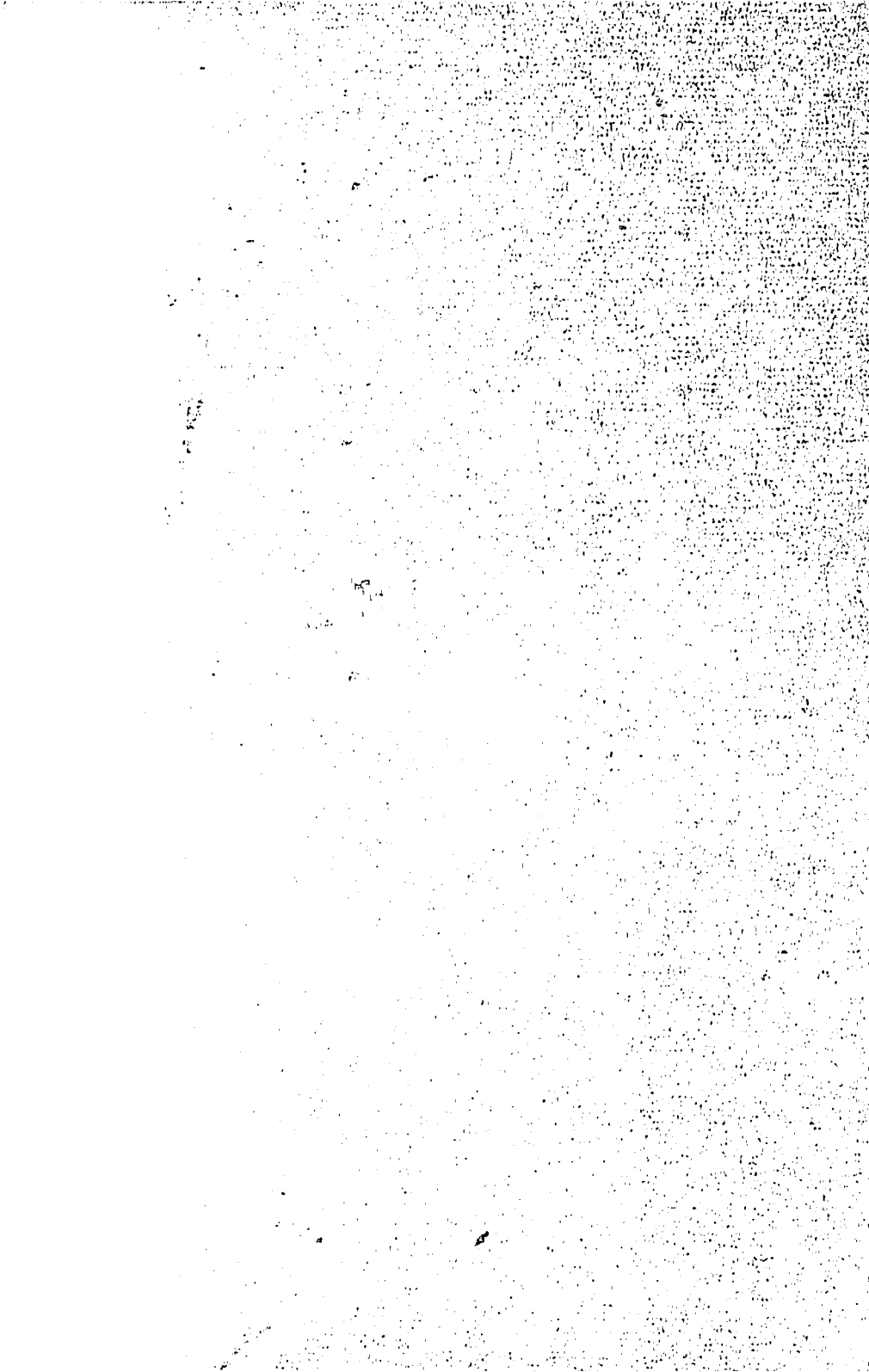
San Modesto Ob; Sonora, 1994

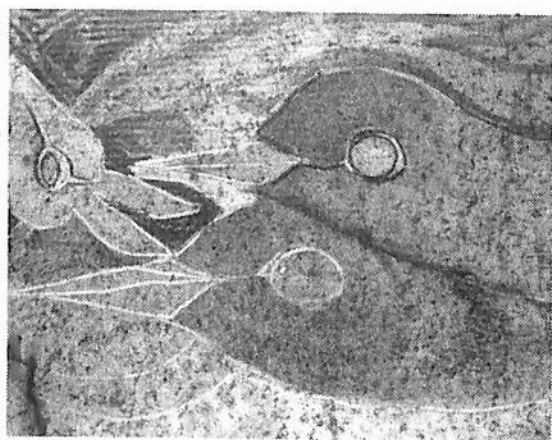
**Este libro se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 1995
en los talleres gráficos de JyRR Impresos, S.A. de C.V.
Félix Soria No. 78, Tel. 14-62-43
Hermosillo, Sonora, México.**

**La edición consta de 1000 ejemplares
y estuvo al cuidado de Guadalupe Beatriz Aldaco.**

El presente informe se refiere a los trabajos realizados durante el mes de mayo de 1955 en el campo de experimentación de la Estación Agronómica "El Tirol" de la Universidad Nacional de Tucumán, en el cultivo de maíz (Zea mays L.) variedad "Cruz Verde", en el lote 14-03-15.

Los datos obtenidos en el presente informe corresponden a los trabajos realizados en el campo de experimentación de la Estación Agronómica "El Tirol" de la Universidad Nacional de Tucumán, en el cultivo de maíz (Zea mays L.) variedad "Cruz Verde", en el lote 14-03-15.





Jorge Ochoa (Hermosillo, Sonora, 1962). Ha publicado las *plaquettes* de poesía *Yo quiero viajar al espacio* (Universidad de Sonora, Hermosillo, 1989), y *Area verde* (Departamento de Letras, Universidad de Sonora, Hermosillo, 1995). Ganó segundo lugar en el Concurso Literario de la Revista *Punto de Partida* de la Universidad Nacional Autónoma de México, en 1988.

